

Y sin embargo, no pensó más que en la bandera y en los compatriotas de quienes se separaba. «Considerad lo extraños que son los sentimientos humanos, escribió al coronel Vaudrey. En mi malhadada empresa, sólo dos veces las lágrimas han revelado mi dolor: la primera cuando, separado de vosotros, supe que no estaría á vuestro lado para compartir vuestra suerte, y la segunda cuando, al salir de mi fragata, iba á recobrar la libertad.»

XVI

NUEVA YORK

En el momento de desembarcar en los Estados Unidos, Luis Napoleón recibió una noticia que le llenó de júbilo. Sus cómplices en la intentona de Estrasburgo habían sido absueltos por el jurado de esta ciudad el 18 de enero de 1837. Cuando se anunció el veredicto resonaron manifestaciones entusiastas en todos los ámbitos de la sala y se dieron los gritos de «¡Viva el jurado!, ¡viva Alsacia!» Los procesados, puestos en libertad, subieron á un coche, y el pueblo los siguió aclamándolos. Estrasburgo parecía estar de fiesta y hasta la guarnición se asoció á la satisfacción popular.

El príncipe salió en seguida de Norfolk y se trasladó á Nueva York, en donde el día de su llegada comió en casa del general Watson Webb con el general Scott y varios senadores y hombres de Estado. Al entrar en dicha ciudad americana recibió cartas que le depararon gran consuelo: eran del rey Luis y de la reina Hortensia. A la primera contestó en estos términos:

«Nueva York, 10 de abril de 1837.

»Mi querido padre: Después de pasar cuatro meses y medio en el mar, he desembarcado por fin en Norfolk el 30 de marzo. Al llegar aquí, he encontrado una carta que me transmitía vuestra bendición; era lo más grato á mi corazón que podía encontrar aquí. He recibido otras muchas cartas, y en medio de mi desdicha, me doy por muy contento al ver que tantas personas me demuestran una adhesión tan evidente. He tenido desgracia, pero creed que no he hecho nada contrario al honor ni á la dignidad del nombre que llevo.»

Las cartas de la reina Hortensia se habían ido acumulando hacía muchos meses en Nueva York, pues la reina ignoraba el largo rodeo que había dado la *Andrómeda*. Su correspondencia fué un bálsamo consolador para el alma del desterrado. El corazón de una madre es un asilo donde los desheredados de la suerte hallan siempre inefables consuelos. Hortensia no había aprobado la temeraria empresa del príncipe, el cual se la había ocultado cuidadosamente, sabiendo que si hubiera sido conocedora de semejante proyecto, habría hecho todo lo posible por disuadirle; pero viendo á su hijo desgraciado y abandonado por toda la familia Bonaparte, no quiso escribirle una sola línea que pudiera afligirle. Sa-

tisfecha de saber que se reunirían con él en Nueva York su fiel servidor Carlos Thelin y su mejor amigo el milanés M. Arese, solamente dirigía palabras de aliento y de cariño á aquel hijo tan querido, á quien la fortuna había vuelto la espalda. Luis Napoleón leyó y releyó aquellas cartas que hacían renacer su alma á la esperanza.

En la primera, fechada el 18 de diciembre de 1836, la reina Hortensia decía: «Arese ha marchado á recoger sus pasaportes para ir á reunirse contigo: él te hablará de la desolación del país. La pobre princesa de Hohenzollern ha venido á verme: Josefina también. El dolor de la princesa es verdaderamente maternal, pues piensa que no te verá más. Nunca he recibido tantas pruebas de interés, y sin embargo, nunca he sido tan desdichada. Pero vives y no deseo más. No me atrevo á crearme digna de lástima, puesto que podemos volvernos á ver.»

He aquí varios extractos de otras cartas: «26 de diciembre. Carlos Thelin te dirá que todos los prisioneros siguen bien y llenos de esperanza. Les he enviado últimamente otros cien luises para ayuda de sus gastos. Si los absuelven, el coronel Vaudrey vendrá á mi casa, en la que vivirá hasta que le encuentres una colocación en América, y daré una pensión de mil francos á cada uno de sus hijos.»

«26 de diciembre. Una cosa que me ha gustado es que Napoleón se ha portado bien y que ha hecho frente á tus tíos cuando hablaban mal de ti.... Este maldito año acabará pronto. ¡Qué ganas tengo de estar ya en 1837!»

«3 de enero de 1837. He escrito á tu tío José diciéndole que esperaba verle pronto: sospecho que está muy enojado. Tu querida familia imita en esto á la gente que me cree siempre llena de ideas ambiciosas. ¡Cuán poco me conocen! Me causan tal disgusto los hombres y las cosas de este mundo, que no puedes figurarte lo que me alegro de que tu empresa haya salido mal. Ahora vas á vivir tranquilo, sin peligro, mientras que si hubieras triunfado vivirías en medio de las pasiones más miserables. Cuantos rodean á la grandeza son otros tantos buitres prontos á caer sobre su presa.... Al menos en la desgracia nos abandonan y nos vuelven la espalda; uno vive solo, pero es más dichoso.»

El príncipe escribió á su madre desde Nueva York el 20 de abril de 1837: «Por fin he llegado á tierra firme. Al desembarcar he sabido la noticia de la absolución de mis amigos. Ya podéis figuraros la alegría que he tenido, pues por espacio de cuatro meses y medio he carecido de noticias tuyas y el temor de recibir la de su condena era para mí una constante pesadilla. Al salir de la fragata donde ondeaba la bandera tricolor y en la que me habían mostrado tanto interés, he llorado como si me ausentara otra vez de mi patria.»

Al día siguiente, 21 de abril, escribió una larga carta á su tío el ex rey José para hacer la apología de su conducta y lamentarse de lo que consideraba una injusticia de su familia con respecto á él. La carta comenzaba así: «Querido tío: Al llegar á los Estados Unidos esperaba encontrar carta vuestra. Os confesaré que me ha causado viva pesadumbre el saber que estabais enojado conmigo, y

que, conociendo vuestro sano juicio y buen corazón, me ha extrañado ese enojo. Sí, tío; es forzoso que os hayan inducido en error acerca de mí para rechazar como enemigos á los hombres que se han sacrificado por la causa del Imperio.

»Si, vencedor en Estrasburgo (y ha faltado poco), hubiera marchado sobre París, arrastrando tras mí los pueblos fascinados por el recuerdo del Imperio, y al llegar á la capital como «pretendiente» me hubiera apoderado del poder legal, ¡oh, entonces qué pocos se habrían atrevido á desaprobar mi conducta y á romper conmigo! Pero intento una de esas empresas arriesgadas únicas que podían restablecer lo que veinte años de paz han hecho olvidar; me arrojo en ella haciendo el sacrificio de mi vida, persuadido de que mi muerte sería útil á nuestra causa; me libro contra mi voluntad de las bayonetas y del cadalso, y al llegar al puerto no encuentro más que desdén y menosprecio por parte de mi familia.»

La conclusión de la carta estaba formulada en estos términos: «Querido tío, os conozco demasiado para dudar de vuestro corazón y para no esperar que modificaréis vuestros sentimientos, haciéndome más justicia, como también á los que se han comprometido por nuestra causa. Por lo que á mí hace, mi línea de conducta será siempre la misma. La simpatía de que me han dado pruebas tantas personas, mi conciencia que no me acusa de nada y, en fin, la persuasión de que si el emperador me ve desde el cielo estará contento de mí, son otras tantas compensaciones de las decepciones y de las injusticias que he experimentado. Muy cierto que mi empresa ha abortado, pero ha anunciado á Francia que la familia del emperador no ha muerto todavía, que aún cuenta con amigos decididos y, en fin, que sus pretensiones no se limitaban á reclamar del gobierno algunos auxilios pecuniarios, sino á establecer en favor del pueblo lo que los extranjeros y los Borbones habían destruído. Esto es lo que he hecho. ¿Os cumple vituperarme por ello?»

El 30 de abril Luis Napoleón desarrollaba el mismo intento de justificación personal en una larga carta dirigida á M. Vieillard. Extractaremos algunos períodos: «Dando un golpe de mano, hacía en un día la obra de diez años quizás; si tenía buen resultado, ahorrraba á Francia las luchas, los disturbios, los desórdenes de un trastorno que en mi concepto habrá de sobrevenir temprano ó tarde.... Mi posición era clara, despejada y por tanto fácil.... Haciendo una revolución con quince personas, si llegaba á París debería mi triunfo al pueblo y no á un partido; llegando como vencedor, depositaría voluntariamente mi espada en el altar de la patria....; pero, al entrar en Francia, no he pensado en el papel que me haría desempeñar una derrota; en caso de desgracia, contaba con mis proclamas como testamento y con la muerte como un beneficio.»

En Nueva York, como en Europa, Luis Napoleón estaba siempre acosado por la misma visión imperial, pero aplazaba para una época indefinida la realización de su sueño. La legación francesa no tenía por qué preocuparse de la actitud del príncipe. M. Pageot, encargado de Negocios de Francia en Wáshington,

se había contentado con transmitir á su gobierno la noticia del desembarco en las siguientes líneas á las que no añadía ningún comentario: «La fragata *Andrómeda* ha llegado el jueves pasado de Río Janeiro á Norfolk, á los cincuenta y ocho días de viaje, trayendo á bordo al príncipe Luis Bonaparte.» La presencia del futuro emperador en el suelo americano parecía un hecho sin importancia. En aquella época no conspiraba. Había encontrado en Nueva York dos primos suyos, Aquiles y Luciano Murat, que vivían con gran sencillez: el primero desempeñaba un empleo en correos; el segundo se había casado con una americana, miss Carolina Georgina Fraser, que estaba al frente de un colegio de señoritas; Luis Napoleón había encontrado también en Nueva York muchos franceses bonapartistas, como el teniente Lecomte, que había seguido al rey José en 1815, y los hermanos Peugnier, que estuvieron complicados en la conspiración de Belfort. Pero el príncipe no pensaba en organizar ningún complot en América: sostenía trato frecuente con algunas familias americanas que le recibían del modo más hospitalario, considerándole como un cumplido caballero cortés y discreto. Una de las personas á quienes veía más á menudo, el reverendo E. Stewart, cuñado del general Scott, ha escrito en un libro titulado *Vindicación*: «Si yo hubiera tomado nota de cada palabra de Luis Napoleón y si las reprodujese hoy que se han realizado sus visiones, se vería que la mayor parte de ellas fueron tan proféticas como las que se han atribuído al prisionero de Santa Elena. Cuando el príncipe hablaba de su madre, su voz era tan dulce como la de una mujer.»

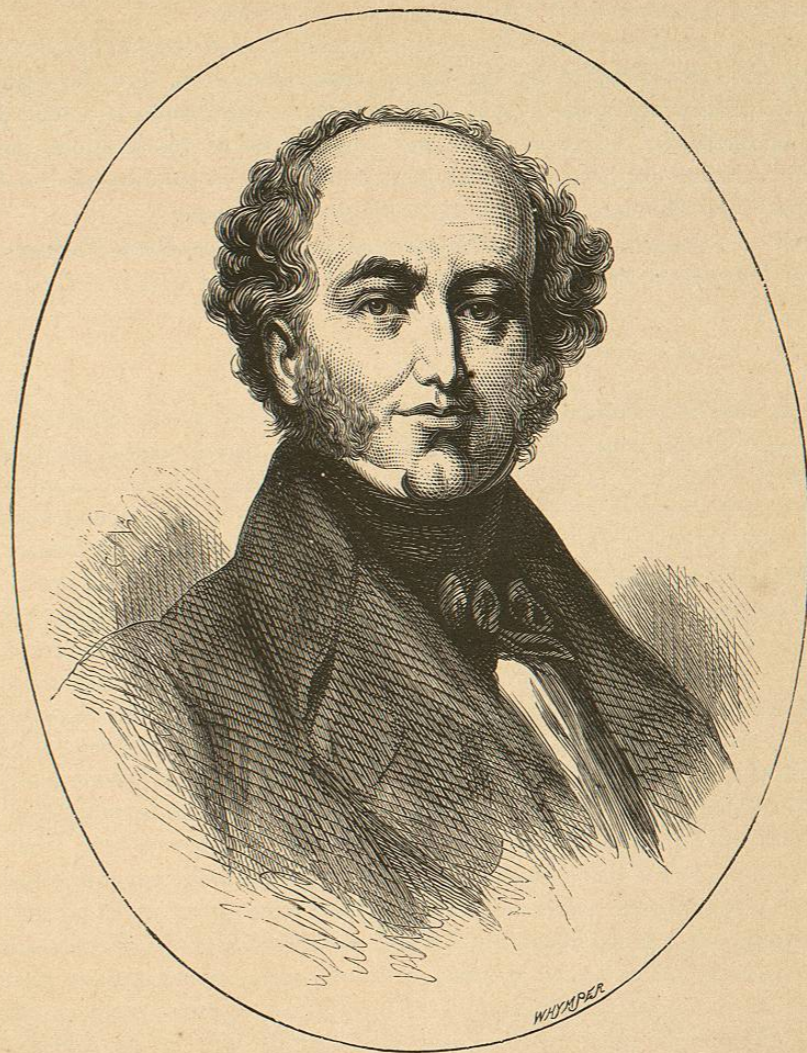
La joven civilización de la república norteamericana y la asombrosa rapidez de sus progresos interesaban en el más alto grado á Luis Napoleón, que se proponía pasar un año entero en los Estados Unidos y estudiar sus instituciones en un largo viaje cuyo itinerario arreglaba con el Rev. E. Stewart. Estaba comiendo en casa de éste el 3 de junio cuando recibió una carta que le hizo variar todos sus proyectos. No bien leyó las primeras líneas exclamó: «¡Mi madre está enferma! Es forzoso que yo la vea. En lugar de viajar por los Estados Unidos, me embarcaré en el primer buque que salga para Inglaterra. A fin de obtener un pasaporte para el continente, me dirigiré si es preciso á todos los consulados que hay en Londres, y si me lo niegan, seguiré mi viaje sin él.»

Antes de partir el príncipe escribió el 6 de junio al presidente de los Estados Unidos, que en aquel entonces era Martín Van Buren (1), una carta en inglés

(1) Ya que incidentalmente hablamos del presidente Van Buren, creemos conveniente hacer constar dos hechos notables que datan de la época de su mando: la navegación por vapor á través del Atlántico, y la aplicación del gran sistema de la telegrafía eléctrica. En aquella época fué cuando el primer buque de vapor, el *Sirius*, se aventuró en su largo viaje de Cork á Nueva York (1838); y muy poco después el *Great Western*, buque de cerca de mil cuatrocientas toneladas, hizo la travesía de Bristol á Nueva York en el breve plazo de dos semanas, sin más ayuda que el vapor.

(N. del T.)

cuya traducción es la siguiente: «Señor presidente: No quiero ausentarme de los Estados Unidos sin expresar mi sentimiento por no haber podido ir á Wáshington á fin de conoceros personalmente. Aunque traído por la fatalidad



Retrato de Martín Van-Buren, presidente de los Estados Unidos

á América, esperaba aprovechar mi destierro estudiando sus grandes hombres; también habría querido estudiar las costumbres y las instituciones de un pueblo que ha hecho más conquistas con el comercio y la industria que nosotros hemos hecho en Europa con las armas. Bajo la égida de vuestras leyes protec-

toras me proponía viajar por un país que ha despertado mi simpatía, desde que su historia y su prosperidad están tan íntimamente ligadas con la gloria francesa. Pero un deber imperioso me llama al antiguo mundo: mi madre está peligrosamente enferma, y como ninguna consideración política puede retenerme aquí, parto para Inglaterra, desde donde intentaré pasar á Suiza.

»Señor presidente, desciendo con mucho gusto á estos detalles, porque podríais haber dado crédito á ciertas suposiciones calumniosas, según las cuales he contraído compromisos con el gobierno francés. Apreciando la actitud de los representantes de un país libre, me congratularía de que se supiera que, dado el nombre que llevo, me sería imposible desviarme ni por un momento de la senda que me trazan mi conciencia, mi honor y mi deber.»

El 12 de junio de 1837, Luis Napoleón se embarcaba en Nueva York en el *Jorge Washington*, que se daba á la vela para Inglaterra.

XVII

UNOS CUANTOS DÍAS EN LONDRES

Durante una travesía de veintitrés días, Luis Napoleón olvidó sus ensueños políticos. No tenía más que una idea fija: volver á ver á su madre. La víspera de su llegada á las costas de Inglaterra le escribió esta carta:

«9 de julio, en el mar.

»Querida mamá: Las noticias que he recibido acerca de vuestra salud me han inducido á volver lo más pronto posible á Europa. El buque más próximo á salir era el *Jorge Washington*, y al punto tomé pasaje en él. Tan pronto como llegue á Londres pienso pedir al embajador de Prusia un pasaporte para Suiza y reclamar la protección de su gobierno para quedarme allí. Creo que se me concederá; pero si se tuviera la crueldad de impedirme que fuera á cuidaros estando enferma, como entonces tendría que pasar algunos días en Londres, tened la bondad de escribirme aquí dándome noticias vuestras. Podéis suponer mi impaciencia por saber cómo seguís: paréceme mentira que tenga la dicha de veros dentro de tan poco tiempo. ¡Ah! ¡Cómo palpita ya mi corazón á la idea de subir la cuesta de Arenenberg! Si Dios permite que dentro de algunas semanas esté á vuestro lado, creeré que todo lo que me ha pasado ha sido un sueño.»

El príncipe desembarcó al día siguiente en Liverpool, echó esta carta al correo y pasó en seguida á Londres, desde donde escribió al rey Luis: «Querido padre: Aunque todavía estoy bastante lejos de vos, como el Océano no nos separa ya, me es grato pensar que puedo recibir noticias vuestras dentro de algunos días. El día de mi salida de Nueva York recibí con la mayor alegría una carta vuestra, porque el cariño de un padre y de una madre consuelan mucho..... Siete meses hace que partí de Europa y he pasado cinco en el mar. Confiaba en ver aquí á mi tío José; mas tan luego como supo mi llegada se marchó de Londres..... Me decís que mi madre está un poco mejor, á pesar de lo cual su enfermedad es bastante grave. También me decís que vuestra salud está quebrantada. ¡Habré de tener por todos conceptos motivos de dolor y de penas? aguardo aquí pasaportes con impaciencia: si se me niegan, yo sabré lo que tengo que hacer; pero el motivo de mi viaje es tan justo, que me parece imposible que opongan algún obstáculo.»